

VERBUM  ENSAYO

UN FIN DE SIGLO MEMORABLE.
ENTREVISTAS A ESCRITORES CUBANOS
DE LOS AÑOS 80 Y 90



Serie dedicada a difundir lo mejor de la literatura cubana clásica y contemporánea. Agrupa temas y abordajes relativos a las letras cubanas, con títulos de diferentes géneros y autores de dentro y fuera de la Isla, en un diálogo cultural útil y generador de intercambios. Entre los autores más destacados de la Serie, figuran: José Martí, José María Heredia, Julián del Casal, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cirilo Villaverde, Juana Borrero, Ramón Meza, Jorge Mañach, Alejo Carpentier, Pablo de la Torriente, José María Chacón y Calvo, Nivaria Tejera, Guillermo Cabrera Infante, Leonardo Padura, Abilio Estévez, Pedro Juan Gutiérrez, José Lorenzo Fuentes, Dulce María Loynaz, Roberto González Echevarría, Miguel Barnet, Miguel del Carrión, José Olivio Jiménez, Manuel Díaz Martínez, Francisco Morán, Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo, Severo Sarduy, Eugenio Suárez Galbán, José Prats Sariol, Félix Luis Viera, Rafael Alcides, Antonio José Ponte, Reinaldo Montero, Luis Manuel García, Julio Travieso, José Kozler, Lydia Cabrera, Eliseo Diego, Gastón Baquero, Lina de Feria, Virgilio López Lemus, Ramón Fernández Larrea, Enrique Pérez Díaz, José Triana, Rogelio Riverón, Virgilio Piñera, Juana Rosa Pita, Zoé Valdés, José Ángel Buesa, Alfonso Hernández-Catá, Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén, entre otros.

JORGE CABEZAS MIRANDA

Un fin de siglo memorable. Entrevistas a escritores cubanos de los años 80 y 90

ÍNDICE

I. Hacia una entrevista (académica)	11
II. El objeto de estudio y las personas entrevistadas	16

ENTREVISTAS

Norge Espinosa Mendoza	25
Odette Alonso Yodú	37
Pedro Marqués de Armas	47
León Estrada	77
Antonio José Ponte	88
Antonio José Ponte (II)	95
Rolando Sánchez Mejías	98
Caridad Atencio	124
Sigfredo Ariel	134
Carlos A. Aguilera	143
Carlos A. Aguilera (II)	153
Víctor Fowler Calzada	161
Víctor Fowler Calzada (II)	168
Emilio García Montiel	174
José Manuel Prieto	196
Rogelio Saunders	215
Radamés Molina	236


© Jorge Cabezas Miranda, 2021
© Imagen de portada: Maja Tomaszewska
© Editorial Verbum, S. L., 2021

Tr.ª Sierra de Gata, 5
La Poveda (Arganda del Rey)
28500 - Madrid
Teléf.: (+34) 910 46 54 33
e-mail: info@editorialverbum.es
https://editorialverbum.es

I.S.B.N.:978-84-1337-691-2

Depósito legal: M--2021

Diseño de colección: Origen Gráfico, S. L.
Preimpresión: Adrians Esquivel Romero
Printed in Spain / Impreso en España



Este libro ha sido
impreso con papel
ecológico procedente
de bosques sostenibles.

Fotocopiar este libro o ponerlo en red libremente sin la autorización de los editores está penado por la ley.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Carmen, José Luis, Pablo y Carlos, con gratitud y cariño.

I

Hacia una entrevista (académica)

La entrevista que persigo es la que consigue, además de aportarme información, convertirse en una suerte de relato bien armado. Cualquier oficio puede acabar proporcionando una entrevista de esa naturaleza; la persona que pregunta accede a la preciada recompensa conversando con una jurista o un carpintero. Por lo general, todo depende de la experiencia y conocimiento del entrevistado en la cuestión requerida y de su capacidad de comunicación. El entrevistador conduce, ahí prueba o no su pericia, pero, si la materia prima escasea o si la transmisión es chata, entonces el resultado tal vez quede en otra cosa: una mera, que no inservible, aportación de datos, pistas que llevan a otro lugar, una charla amistosa. No hay por qué arrojar en ese caso la toalla, un intento fallido podría servir como preliminar de otro encuentro más productivo con el mismo interlocutor.

Una vez situado el objeto de estudio, descifrar las zonas que se presentan más opacas es un reto ineludible. Y, para ello, considero la entrevista una formidable aliada. Si el resultado le resulta además de interés a otros lectores tanto mejor, por cuanto esta exprime así su potencial como fuente divulgativa.

Las entrevistas que aquí se presentan, en este caso de corte académico, cumplieron para mí su misión: me ayudaron a encontrar lo que buscaba y, al mismo tiempo, me situaron ante panoramas que desconocía en parte o por completo. Dicho de otro modo, certificaron una serie de indicios y, a su vez, dibujaron nuevos interrogantes y vericuetos igualmente tentadores.

Me decanto por la entrevista (me resisto a etiquetarla como académica, pues también puede surgir en otros ámbitos) que conforma un género propio, dentro del cual se da cita otro género: el

relato, que a su vez puede acoger a la *(auto)biografía* y al *ensayo*. Hablo del texto construido por el entrevistado, la suma de todas sus respuestas (cada pregunta formulada por el entrevistador se incorporaría a esa narración –siguiendo el símil– como título del capítulo que va a ser narrado).

Una aspiración más por mi parte: que la información obtenida en la entrevista aparezca dentro de un discurso ameno, capaz de entretener al lector –a mí y a otros posibles que surjan después–, como sucede con un buen relato. Al que, claro está, tampoco debería faltarle estilo propio, un distintivo estético, el sello intransferible de cada entrevistado a la hora de expresarse. Pues, sea cual sea su oficio, este se convierte, con sus respuestas, en un creador, en el autor de un texto. Más aún cuando, como es aquí el caso, los informantes consultados son literatos.

En este libro confluyen entrevistas que nacieron directamente de la escritura y otras que fueron, primero, palabra hablada. Pero también estas últimas son, no obstante, textos escritos, pues sus autores pudieron si lo deseaban retocar su narración oral después de haber sido transcrita.

Prevalece, entre los géneros o subgéneros presentes dentro estas entrevistas, el relato, decíamos. ¿Es este un libro, entonces, de relatos? Diría, jugando y no jugando, que sí. Podríamos incluso hablar, a tono con las etiquetas literarias de los últimos años, de «autoficciones», apareciendo el entrevistador-investigador como un cuarto elemento, el mediador, que se añadiría a la conocida tría formada por autor, personaje y narrador. El acto de narrar, en todo caso, genera su ficción, qué decir si, como ocurre en este libro, las narraciones provienen de escritores. A lo que contribuiría la subjetividad que habita en los recuerdos y en las autobiografías, género, como hemos dicho, subyacente en el tipo de entrevistas que he buscado. No perdamos de vista, sin embargo, que hablamos aquí de relatos inspirados en vidas y obras literarias muy reales, transitadas en carne y hueso por nuestros informantes, y que muchas respuestas solo tratan de aclararme conceptos.

Hay, en la entrevista, maneras y maneras de narrar, de contestar a una pregunta. No hablo ahora del estilo de cada cual. Un entrevistado puede irse por las ramas –el entrevistador corta o no la fuga– o, por el contrario, encontramos una respuesta muy concreta a la cuestión planteada. Los hallazgos que recoge con gozo el investigador, cabría añadir, suelen habitar en textos que transmiten verosimilitud. El testimonio recabado debe proyectarse como fiable. Ese es uno de los elementos bajo observación, aunque no siempre el entrevistador puede contrastar todos los datos recogidos. Lo que sí puede hacer es poner de su parte desde el comienzo, tratando de escoger bien las preguntas que formula, trasladando a su interlocutor interés y una cierto conocimiento de los temas desplegados.

Si el entrevistado está sentado delante, pongamos en un café –algunas entrevistas fueron realizadas así–, el entrevistador puede intuir mejor si el interrogado está generando respuestas genuinas. Si la entrevista se produce a kilómetros de distancia, sin contacto visual, conviene estar igualmente atento. Y, en caso de duda, cerciorarse, volver a preguntar si fuera preciso. Durante el proceso es aconsejable no soltar del todo al entrevistado, tampoco apretar demasiado.

En las entrevistas del primer tipo –cara a cara–, el café, la cerveza... pueden preparar el terreno, relajar la lengua, las ideas, ayudar a afinar. O hacer perder concentración y puntería. Cada entrevistador debe sopesar su método, o dejarse llevar. De todas maneras, no se sabe bien lo que uno va a encontrarse. La hora y el lugar, por cortesía, los determina el entrevistado. Aun sin escoger la hora, el entrevistador puede llegar cuando no toca. Recuerdo una ocasión en la que el entrevistado apareció a la hora acordada en la terraza del bar y comenzó a contarme, un vaso de alcohol tras otro, su situación sentimental, que, al parecer, se había ido al traste ese mismo día; la entrevista, como tal, empezó al día siguiente y, para mi asombro, con su mente lúcida y sin gota de resaca. No, el protagonista no aparece en este libro y, de cualquier modo, un entrevistador debe saber guardar discreción.

Entrevistar es viajar con la imaginación. Primero al leer uno la pregunta propia elaborada, luego al leer la respuesta obtenida: por

dónde abordará mi entrevistado esta pregunta, qué le habrá llevado a incluir esta frase en la respuesta. Otras veces el viaje es aún más real. Una mochila o la maleta, el ordenador, un cuaderno, la pluma o el bolígrafo, una grabadora; un tique de bus, un billete de tren, un pasaje de avión... toda una aventura.

Entrevistar es cometer (con sutileza en el mejor de los casos) un atraco; solicitar, amablemente, la combinación, el número secreto que abre un umbral, a menudo mágico: «Este es mi oficio, esta es mi obra, esta es mi interpretación de los hechos. Tómalo» —desea uno escuchar del entrevistado—. No satisfecho con semejante acto vampírico, algunos datos complementarios de interés pueden llover sin ser requeridos. No se desdeñan, un entrevistador debe saber aprovechar la ocasión si se presenta de manera natural: «Ven, te mostraré mi barrio; ese es el parque donde nos juntábamos; esta es la foto de mi padraastro, ya fallecido; mira, en este cuaderno guardo mi primer poema...». El entrevistador, pese a la intimidad creciente, sigue en su puesto. Y se esmera, qué menos, en devolver, con profesionalidad, la confianza. Viajar, acercarse hasta el entrevistado, es un primer paso hacia ello.

Otras veces, por el contrario, las respuestas entraban en mi bandeja de correo electrónico. Procedían de alguna de las ciudades visitadas previamente grabadora en mano, si es que habían quedado preguntas pendientes al marcharme; pero también de Hannover, Veracruz, Nueva York..., adonde yo no había ido.

Del mismo modo, me llegaban rectificaciones, o matices no solicitados pero siempre bien recibidos, enseguida encontraban su acomodo en el relato. El entrevistador no solo inquiere, también desempeña el papel de escriba pulcro. Transcribe. O recibe instrucciones y modifica. Son otros los propietarios del texto, los hacedores de la narración. Mi cometido principal: que no escaparan, que precisaran (de ahí que a veces el enunciado de mis preguntas se contorsione, buscando, buscando...), vigilante, los dedos cruzados para que el testimonio desembarcado procediera de la reflexión, fuera, a ser posible, una voz pensada antes que escrita.

Respuestas por escrito que podían tardar semanas o meses, llegar de una sola vez o escalonadas. El entrevistador afianza su paciencia. Como el entrevistado, seguramente, la suya. Las rectificaciones o añadidos por parte de este podían provocar réplica, alguna pregunta complementaria, nacida al calor de un nuevo hallazgo. Con varios autores las preguntas y respuestas no se salieron del formulario enviado en un inicio; con otros, los mensajes electrónicos se transformaban en madejas que se estiraban y estiraban.

Por fin, las entrevistas resueltas, o en camino de ello, llegaban a cualquier hora del día o de la noche —influyó el continente en el que se encontrara el entrevistado, pero asimismo el momento en que yo, expectante, abriera el ordenador—. Poco a poco, igual en crepúsculos que en albas, mis cuartillas, que un día tuvieron solo preguntas y espacios en blanco, fueron cobrando más vida, colonizadas por palabras que se ramificaban con distintas tonalidades. Se erigían en refugio de datos relevantes, pensamientos más y menos sesudos, expresión grave o chismes venidos a cuento, palabras conciliadoras o más afiladas. Y yo rellenando huecos, ensamblando las piezas de mi puzzle. Hasta darlo por cerrado.

Las entrevistas que aquí se presentan nutrieron tres trabajos de investigación: una monografía titulada *Proyectos poéticos en Cuba (1959-2000)*, publicada en Alicante; un «rescate literario», *Revista Diáspora(s). Edición facsímil (1997-2002)*, en Barcelona, y una antología de poesía y relato que apareció en Puebla con el nombre de *Ratas, líquenes, insectos, polímeros, espiroquetas: grupo Diáspora(s) (1993-2013)*.

Para el presente volumen he escogido no todas las entrevistas que utilicé entonces, pero sí una selección amplia. Constituyen una red y es al establecerse las distintas combinaciones de diálogos imaginarios, entre todos los autores, cuando la trama general, la suma de los relatos, esta narración a varias manos, alcanza quizás su pleno sentido. Cabe recordar que las entrevistas tenían objetivos, indagaciones académicas específicas, de ahí la repetición de algunas preguntas y el no alejarse de determinados ejes temáticos y temporales.

II

El objeto de estudio y las personas entrevistadas

Un texto literario habla por sí mismo. Cuando llega al receptor, la obra ya es lo que es. Para un análisis bastan esta y un lector o lectora dispuesto a ello. El resultado de la observación hablará, bien o no, tanto de la obra literaria como del bagaje de la persona que la estudia con intención de describirla o situarla en algún lugar. Cuando yo entrevisté a estos autores ya había leído una parte representativa de sus textos y había extraído algunas impresiones, azuzándose mi interés. Para mayor enriquecimiento de los procesos analíticos, no veo incompatible, al contrario, esa mirada directa hacia el objeto de estudio con tener en cuenta –en la medida que se considere razonable– el testimonio del autor sobre su propia obra y proceso creativo u otros afines. De ahí surgió propiciar estas entrevistas *ad hoc*.

Así, una vez examinada una parte del extenso corpus que compone la poesía cubana escrita a finales del siglo pasado, encaminadas mis primeras valoraciones, vi clara la conveniencia de ponerme en contacto con una serie de autores. ¿Por qué motivos concretos? ¿Qué buscaba? Creo que las preguntas que formulé en las entrevistas son la mejor respuesta que puedo darme; ellas también hablan por sí solas. No obstante, tras leerlas de nuevo, observo lo siguiente: hay interrogaciones (en su acepción actual 1 y 3 del diccionario de la RAE) que se mantienen constantes a lo largo de todo el recorrido, como balizas que van trazando senderos reconocibles. En ellos queda el rastro de mis dudas, cavilaciones y hallazgos más y menos provisionales.

Las preguntas contienen asimismo pequeños desvíos, variantes, o variantes de variantes, con el fin de «cercar» al entrevistado,

evitar su desconexión, implicarlo. Pero, más allá de esas angosturas, las interrogantes tratan de cederle al interlocutor –el escritor cubano– toda la cancha. Como esos exámenes de enunciados precisos pero abiertos, para que en las respuestas tengan cabida todas las lógicas, puedan lucirse las mentes brillantes, cada estudiante tire del señuelo a sus anchas, dé un garbeo mental y regrese luego con la información requerida y, si hay suerte, con otra extra, sorprendente y reveladora. Creo que puedo resumirlo así: con estas entrevistas buscaba conocer de primera mano cómo se había gestado, qué había ocurrido, según el punto de vista de estos autores, en la poesía cubana escrita por una generación, la de ellos –nacida entre, aproximadamente, 1959 y 1971–, a lo largo de dos décadas que se me antojaban cruciales en la isla: 1980-2000.

Pienso que no tiene sentido escribir aquí mis conclusiones sobre las respuestas obtenidas. Estas líneas pretenden interferir lo menos posible en la lectura del libro. Si tuviera que exponer una sola, de carácter general y a la vez muy personal, sería la confirmación de que la recompensa verdadera de una entrevista se encuentra en conversar, el diálogo en sí, ese privilegio que el investigador puede, por si aquello fuera poco, convertir, además, en una herramienta eficaz de trabajo.

Por lo demás, el corpus poético asociado a las entrevistas recopiladas es amplio. Está compuesto por centenares de textos. Representa, a decir verdad, más de dos décadas, pues el lector de este libro puede observar que los primeros años del siglo XXI también forman parte de esta contienda. Todos los entrevistados son escritores destacados, no solo aunque de momento, primordialmente, en Cuba (en su doble dimensión de isla y diáspora). Otras tropas literarias cabalaron en los mismos años y lares, no caben aquí todas pero la estela de algunas también queda reflejada en las preguntas y respuestas de los cuestionarios.

Para discernir en ese vasto dominio que es la poesía cubana finisecular, y para poder explicarlo yo a su vez, establecí tres vías o modelos de escritura que coexistieron en aquella época (no he sido

el único ni el primero en fijarlos, las entrevistas dejan constancia de ello). Los enuncio a continuación mientras aclaro que uno de los propósitos que yo buscaba era –dentro de lo inasible que resulta cualquier intento de esa naturaleza– aprehender cada uno de esos tres paradigmas poéticos. A saber: una primera vía más coloquial, centrada en establecer diálogo con las circunstancias cívico-políticas del momento; otra, más, digamos, lírica y cuidadosa en el estilo, con un sujeto poético ocupado en protegerse ante un contexto insular que se volvía precario, áspero, desesperanzador. Y una tercera, consciente y tenazmente rupturista con las dos anteriores, que mostraba un desapego provocativo hacia herencias insulares de todo orden; reacia también a la delimitación de géneros.

He estado tentado de colocar a los autores vinculados con esta última vía –se reconocen porque auspiciaron una revista (y un grupo) llamada *Diáspora(s)*, uno de los centros de indagación– en un bloque aparte. Pero he optado finalmente por no hacerlo, el lector sabrá detectar los lazos que vayan surgiendo entre los testimonios. En cuanto a las entrevistas, pienso que pueden leerse tanto en el orden dado como aleatoriamente. Completadas por cualquiera de sus itinerarios deberían, si es que cumplen el cometido también para el nuevo lector, desvelar sus tramas.

Pero, ¿el objeto de estudio de estas entrevistas fue solo la poesía finisecular? Es el principal, aunque no el único. Estos proyectos existen dentro de otro marco: mi interés por la literatura cubana, en general, y mi interés por Cuba. En los cuestionarios no está puesto el foco central en lo sociológico y político, pero son aspectos que también acaban manifestándose.

Si el lector de este libro consigue, tras leerlo, visualizar las líneas maestras de un panorama poético –con el reto añadido de lograrlo sin tener los poemas/textos delante– y, a la par, imaginar un rostro, el de un país, Cuba, en aquel tiempo concreto, eso hablará, amén de la perspicacia del receptor, de la capacidad de los testimonios aquí recogidos y de la idoneidad de ponerlos juntos para esta edición.

En cuanto a los autores reunidos, comenzaré diciendo que, a partir de los años ochenta, el número de mujeres que publica poesía en Cuba es considerable. Y si en la actualidad esa tendencia se muestra por fortuna imparable, es precisamente en dicha década cuando empieza a verse incrementada su presencia en premios y antologías del país. Soleida Ríos y Reina María Rodríguez son dos autoras pioneras que se abrieron camino y han sido referencia para otras escritoras, por citar dos de las voces más destacables desde el último tramo del pasado siglo. Sin embargo, cabe precisar que en ciertos pulsos librados dentro del campo literario (manifiestos, grupos, toma de posición...), me refiero a esas dos últimas décadas del siglo XX, fue dominante el número de escritores hombres llevando la voz cantante. No ahondo ahora en esa cuestión ni en sus posibles connotaciones, solo menciono que de alguna manera la escasez de mujeres incluidas en este libro guarda relación con aquel escenario. Determinadas ausencias sí se deben a desliz mío, llegué tarde a ellas, o, ya siendo otro mi objeto de estudio, los testimonios que obtuve de autoras claves abordan cuestiones distintas a las que vertebran este repertorio.

Los nombres recogidos en estas páginas pertenecen a la Generación de los años 80 y 90. Los menos jóvenes (nacidos en torno a 1959) forman parte de los primeros cubanos que, desde su infancia, crecieron con los criterios de la Revolución determinando casi cualquier aspecto del país. Las relaciones familiares, los planes de estudio, el deporte, los medios de comunicación, la programación cultural, el espacio lúdico, el futuro laboral..., nada de ello era ajeno a ese proyecto mayor. Cada uno de estos escritores y ciudadanos se desarrolló inserto en ese contexto.

Y puesto que, por edad, estas eran las primeras generaciones consideradas plenamente revolucionarias –mucho celo se había puesto en ellas–, el Gobierno, orgulloso, trató de incorporarlas a la casa común. Al joven con instinto artístico se le espoleaba, por ejemplo becándolo en un taller literario provincial o nacional. Desde estas lanzaderas, los más destacados de cada promoción se fueron

haciendo visibles y, de este modo, conformando grandes canteras de creadores. Conectados entre sí a través de una eficiente red –las asociaciones culturales previstas– se forjaron amistades, muchas para toda la vida, y establecieron camarillas según afinidades.

De esta manera, las nuevas generaciones se fueron incorporando al campo artístico y literario con frescura y confianza. Portaban con ellos, eso sí, su dosis de rebeldía. En las altas instancias del gobierno, hacia los años 80, se empezó a tomar conciencia de que, tras dos décadas largas de Revolución, esta requería una actualización si quería sintonizar con unos jóvenes que habían pasado a ser, más que el futuro, una realidad del país. Quienes estaban llamando a las puertas podían ser considerados revolucionarios de nacimiento, sí, pero, ahora que estaban ahí –además de satisfactoria formación, desprendían espíritu crítico–, no se tenía claro cómo lidiar con ellos. Si bien, tratándose del fruto mismo de la Revolución, era obligado entablar diálogo, hacerlos partícipes. Y en el campo de la creación eso hicieron precisamente los dirigentes culturales: abrirles la puerta, pero de una manera equívoca; sí pero no, una de cal y otra de arena.

En ese clima, propicio y receloso al mismo tiempo, estos jóvenes siguieron explorando, expresándose, armando sus propuestas, casi nunca exentas de contenido cívico. No solo en la literatura. Los artistas plásticos se convirtieron en referente: un nuevo simbolismo, atado a la realidad circundante y que derrochaba irreverencia, floreció en las artes visuales. Cada ironía, cada dedo en la llaga, iba ensanchando los márgenes de expresión para el conjunto de creadores. Y prometía buena entente: los noveles creadores de la isla conquistando espacio propio y, por su parte, la Revolución adaptándose a los tiempos.

En las exploraciones artísticas convenía, no obstante, saber medirse. Si no, algún funcionario cultural se veía obligado a recordar, ya remozada, la célebre frase de Fidel a los escritores y artistas revolucionarios o no revolucionarios: «Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho» (Palabras a los intelectuales, 1961). Tres décadas después, la generación a la

que se lanzaba ese mensaje era otra, jóvenes mujeres y hombres limpios de mácula, revolucionarios de pleno derecho. Y, acorde con ello, esta contestó sin tapujos, más o menos así: “Una auténtica Revolución debe ser compatible con una verdadera autonomía de sus creadores-ciudadanos”. Desde el poder, la réplica no se hizo esperar: “De acuerdo, pero, ya saben... dentro de la Revolución”. Y, en ese tira y afloja, se empezó a enredar el debate, hasta encallar.

Es la misma época que la *Perestroika* y la caída del Muro de Berlín. Estos acontecimientos aparentemente lejanos del país caribeño, además de rebotar hasta convertirse en un revés económico muy cruel para los ciudadanos de la isla (véase el llamado Periodo Especial, determinante también en la literatura y el arte), hacen que el Estado redoble las precauciones. Los dirigentes cubanos no están dispuestos a hacer más concesiones que las imprescindibles y esto no exime a la política cultural. El resultado de todo ello es que, a la hora de la verdad, las aspiraciones de toda una amplia generación, que contenían una intención artística pero también cívico-política, no logran cuajar, y sí el desencanto, la frustración, un escepticismo profundo, existencial, detectables aún hoy en día.

Antes de ser doblegada por la realidad, durante aquellos años palpitantes, la Generación de los años 80 y 90, partiendo, hasta trascenderlas, de sus obras, dejó erigido un valioso legado. Sin embargo, circunstancias como la ausencia de muchos de estos autores en la isla o la falta de continuidad generacional en distintos órdenes, han repercutido. Y, si bien está ahí, no ha podido transmitirse ni ser aprovechado como cabría.

Saltan a la vista las similitudes entre las propuestas cívicas de entonces y los manifiestos que, en la actualidad, las nuevas generaciones de escritores y artistas cubanos, con emparentado espíritu al de los 80/90, están lanzando, ahora con mayor altavoz, al debate público. Por eso, tener hoy en cuenta, sumar, considerar en toda su dimensión la potencialidad de aquel legado, puede ser un ejercicio feraz con vistas a aglutinar, y a preparar, con más acierto si cabe, la reconstrucción de la Cuba que asoma.

Hace solo unos meses, charlando sobre aquel fin de siglo mientras preparábamos una futura entrevista, el poeta cubano Omar Pérez me dijo en el balcón corroído de su casa que da al Malecón, frente al mar azul y brillante del mediodía: «Aquel no fue un tiempo perdido, sino un aprendizaje para lo que viene». Así lo creo yo también.

La Habana-Burgos, 2021

ENTREVISTAS